

ANTIGUOS CUENTOS DE ÁFRICA

LIBRO I



Antiguos cuentos de África

Libro I

Portada: Andoni Odriozola

Selección, traducción y presentación: Xabier Susperregi

COLECCIÓN: CUENTOS DEL MUNDO LIBRO I

BIBLIOTECA DE LAS GRANDES NACIONES LIBRO 4º

PRESENTACIÓN

Poco se debe escribir sobre este pequeño libro que tengo el placer de acercaros, porque su verdadero valor comienza cuando la presentación acaba, quizás sobre todo, el mencionar la importancia de las investigaciones y el trabajo de campo que hicieron en su tiempo quienes compilaron en numerosos libros estos cuentos del folklore africano que sería dificultoso poder leerlos porque la mayor parte de ellos nunca antes se publicaron en castellano.

Fue fascinante su lectura y traducción, ese acercamiento a los cuentos tradicionales africanos que afortunadamente, en quien tiene la fortuna de pararse a conocerlos y estudiarlos, creo que ya irremediablemente causan un influjo en quien lo hace y probablemente han marcado de alguna manera el rumbo de buena parte de lo que he escrito en los últimos tiempos.

Tan sólo espero que puedan percibir una pequeña parte de la fascinación que yo sentí al conocer estas historias. Entonces habrá merecido la pena haberlas recuperado.

He de decir que hubo uno de los cuentos que me recordó mucho a otro que se hizo muy famoso y pienso que su autor pudo inspirarse o bien en esta historia o bien en alguna similar

de la literatura oral africana, es uno de los últimos pero bueno, habrá que leer para descubrirlo.

Espero que estas páginas sean también un pequeño obsequio para las personas que tienen su corazón en África, aunque muchos de ellos no estén allí. Y ojala que quien lo lea pueda ofrecérselo a otras personas que puedan estar interesadas en conocer esta parte de la tradición del mágico continente.

CUENTOS

- 1- LOS CUENTOS DE ANANSI
- 2- ANANSI Y EL CALDERO DE LA SABIDURÍA
- 3- EL BOTE MÁGICO
- 4- EL CAZADOR Y LA TORTUGA
- 5- LA AYUDA DE LA TORTUGA
- 6- MORNING SUNRISE
- 7- EL MONO FIDDLE
- 8- EL CHACAL Y EL LOBO
- 9- LA LUNA NACE, MUERE Y VUELVE A NACER
- 10- CHACAL, PALOMA Y GARZA
- 11- GALLO Y CHACAL
- 12- EL LEOPARDO Y LA RATA
- 13- LA HIJA DEL MERCADER
- 14- EL REY QUE SE CASÓ CON LA HIJA DEL GALLO
- 15- EL LEOPARDO Y EL PEZ
- 16- LAS MOSCAS Y LA VACA
- 17- POR QUÉ EL GATO MATA RATAS
- 18- LA TORTUGA, EL ELEFANTE Y EL HIPOPÓTAMO
- 19- LA HISTORIA DE LOS PÁJAROS NSASAK Y ODUDU
- 20- EL ESPÍRITU DE LAS AGUAS
- 21- DEMANE Y DEMAZANA
- 22- LA NIÑA DE ARCILLA
- 23- BLANCOS Y NEGROS
- 24- LA HISTORIA DE UNA MUCHACHA ASTUTA
- 25- LA LIEBRE Y LA TORTUGA

- 26- EL BABUINO Y LA LIEBRE
- 27- EL LEÑADOR Y SU BURRO
- 28- LA HIENA Y EL POZO DE AGUA
- 29- UNA MUJER DE MADERA
- 30- EL LEÓN, LA HIENA Y LA LIEBRE

LOS CUENTOS DE ANANSI

En los viejos tiempos, todas las historias y relatos de los hombres eran referidas al jefe de los dioses, Nyankupon. Pero Anansi, también llamado Araña, era muy vanidoso y anhelaba el ser él el protagonista de aquellos hermosos cuentos.

Así pues, cierto día se encaminó hacia el lugar donde estaba el Dios y le trasladó su deseo de que en el futuro todas las historias que contaban los hombres se llamaran cuentos de Anansi. Nyankupon aceptó, pero lo hizo con la condición de que Anansi hiciera algún mérito a cambio.

Se las ingenió para prepararle tres pruebas imposibles de realizar con lo cual todo seguiría como hasta entonces y además Nyankupon tendría diversión asegurada. De lograr aquellas pruebas tendría además una bella historia propia. Debería traerle primero un jarro lleno de abejas, después una temible boa constrictor que habitaba en el hueco de una peña de difícil acceso y por último debería traerle al terrible tigre.

Anansi hizo promesa de que haría todo aquello que su Dios le había pedido y Nyankupon a su vez hizo promesa de que si lo lograba, todas las historias que contaban los hombres, serían cuentos de Anansi.

Partió pues Anansi con su jarro vacío y el Dios le observaba con curiosidad. Anansi parecía confiado y cuando se hubo acercado lo suficiente al enjambre, las llamó y les dijo que había discutido con Nyankupon acerca de ellas. Interesadas y curiosas las abejas se le acercaron para escucharle. Anansi entonces les dijo que era opinión del dios de que las abejas son seres insignificantes que no tienen capacidad ni para introducirse en un jarro como el que portaba. Les contó que él las

había defendido y le había dicho a Nyankupon de que en verdad sí serían capaces, pero el Dios insistía que no. Las abejas, dolidas en su orgullo se introdujeron rápidamente en el jarro y en aquel preciso momento, Anansi colocó la tapa y la dejó bien sellada. Anansi envió entonces aquel jarro a Nyankupon.

Al día siguiente partió de nuevo por el bosque y lo primero que Anansi hizo, fue coger un palo muy largo que le acompañaría todo el trayecto. El Dios se reía al observarlo y se extrañó de que Anansi fuera tan tonto como para enfrentarse a la boa con aquella endebles arma. Tras un largo y difícil viaje por fin estuvo cerca del escondite de la boa; así, cuando estuvo a una distancia lo suficientemente cercana como para que pudiera escucharle, se puso a hablar para sí en voz alta:

- ¡Qué fastidio, no será más larga que este palo!, ¡qué fastidio, como mucho será igual de larga!

La curiosidad por saber de qué hablaba Anansi, hizo a la boa salir de su refugio:

- ¡Qué rayos ocurre aquí! –dijo la boa con voz de enfado.
- Hemos tenido una gran discusión en el poblado acerca de ti – comenzó a contar Anansi. El Nyankupon dice que no eres un animal tan terrible y que tu tamaño no es superior ni a este palo. Yo le dije que sí, y alabé tu voracidad, pero él hizo menosprecio e insistió que no eras mayor que este palo.

La boa entonces, sabedora que su tamaño era mucho mayor; inocentemente se echó a lo largo para proceder a la comprobación y Anansi o Araña, aprovechó aquel preciso momento para atravesar con el palo buena parte del cuerpo del temible animal, acabando así con su vida. Luego envió la boa a su Dios.

Al día siguiente cogió Anansi aguja e hilo y tras arrancar los ojos de la serpiente se dirigió hacia la guarida donde sabía que se encontraría Hved, el terrible tigre. Cuando estaba a punto de llegar a aquel lugar, se colocó los ojos de la boa con un poco de hilo, justo encima de los suyos y empezó a gritar y a cantar de contento:

- ¡Es asombroso!, me he cosido los ojos de la boa y ahora puedo ver cosas tan maravillosas que no puedo reprimir mi deseo de cantar y contar acerca de aquello que puedo ver.

Eran tales las preciosas cosas que cantaba Anansi; precisamente las que más podía desechar un tigre; sus comidas favoritas o una preciosa tigresa acercándose, que el tigre se apresuró a rogarle que por favor le cosiese a él los ojos de la boa, aunque tan sólo fuese por un momento.

Anansi hizo como que dudaba, como si para él tuviese demasiado valor, pero finalmente accedió. Cogió los ojos de la boa, aguja e hilo y rápidamente lo que en verdad hizo, fue coser los ojos del propio tigre, dejándolo ciego. Después de aquello, no le resultó demasiado difícil llevar al tigre junto a Nyankupon; quien quedó sorprendido de la astucia de Anansi o Araña había demostrado y de que hubiera podido cumplir con las tres difíciles pruebas que le había encomendado. Así no le quedó más remedio que permitir que a partir de entonces todos los cuentos viejos que contaran los hombres, fueran denominados Cuentos de Anansi o cuentos de Araña.

ANANSI Y EL CALDERO DE LA SABIDURÍA

En tierra Fanti hubo un hombre llamado Anansi; que era quien poseía toda la sabiduría del mundo; por eso acudía a verle cada día mucha gente, para pedirle consejo y ayuda. Pero ocurrió que los hombres de aquel país tuvieron la desgracia de ofender a Anansi, que se enfadó tanto que decidió inflingirles el mayor castigo que pudiera existir. Como sabía tanto, pronto determinó que les ocultaría toda la sabiduría que poseía.

Así se puso manos a la obra y fue recolectando toda la sabiduría e introduciéndola en un caldero que selló con mucho cuidado. Ahora no le quedaba más que colocarlo en algún lugar donde jamás pudiera encontrarlo ningún humano.

Anansi tenía un hijo llamado Kweku Tsín y como quiera que desde el enfado había notado algo raro a su padre, empezó a sospechar que les ocultaba algo, algún secreto que su curiosidad le impulsaba a descubrir. El pequeño pues, decidió vigilar a su padre con mucho sigilo, para que no se pudiera dar cuenta.

Cierto día el niño observó que muy temprano, Anansi se deslizaba sin hacer ruido por el jardín de la casa sin hacer ningún ruido, con un precioso caldero colgado al cuello, junto al pecho. Decidió seguirlo camino del bosque y después a través de él, hacia un lugar de difícil acceso donde hacía ya muchísimo tiempo que se habían acabado los senderos. Llegaron a cierta distancia el uno del otro, a un lugar casi inaccesible donde habitaban los árboles más grandes que existen, y justo delante del más alto de todos se detuvo un momento Anansi, para comenzar a escalarlo después. Su intención era la de dejar el caldero en la parte más alta de aquel enorme árbol, de forma que ningún humano pudiera jamás encontrarlo.

Empezó a escalarlo, pero apenas lograba avanzar un trecho, porque el caldero se le balanceaba y le estorbaba para poder subir. Desde su escondite Kweku Tsin observaba la torpeza de su padre y como veía que una y otra vez fallaba en sus tentativas, finalmente le grito:

- ¡Padre! ¿Por qué no cuelgas el caldero en la espalda en vez del pecho? Así podrías subir fácilmente al árbol.

Entonces Anansi enfadado se volvió hacia su hijo diciendo:

- Yo pensé que toda la sabiduría del mundo estaba en este caldero y me doy cuenta de que tú posees más sabiduría incluso que yo. Toda mi sabiduría no me ha valido para saber cómo debía subir.

En su ira arrojó el caldero por los aires y al chocar contra el suelo se hizo añicos. Toda la sabiduría entonces se escapó y se extendió por todo el mundo.

EL BOTE MÁGICO

En la tierra donde vivía nuestro Anansi había habido una severa hambruna y el pobre no era capaz de obtener alimento para su mujer y sus niños. En cierta ocasión se encontraba tan desesperado que embobado miraba hacia el infinito del mar, con su mirada fija y el pensamiento perdido. Pero de golpe pareció despertar, porque en medio del mar creyó reconocer una pequeña isla con un alto árbol en ella.

Entonces, tomó la determinación de que debía lograr llegar a aquel lugar para poder recolectar los frutos que seguro tendría aquel árbol. Pero cómo llegar, aquella era la gran dificultad.

El decidido Anansi se acercó a la playa con la fortuna de encontrar una vieja barquita destortalada, probablemente arribada a la orilla por algún naufragio. Con los pocos medios que tenía y como mejor, aunque malamente pudo; Anansi la arregló y se puso en marcha en tan arriesgada empresa. Al poco de partir, una enorme ola lo devolvió a la playa. Así ocurrió otra vez, así hasta seis; pero a la séptima logró poner agua de por medio y poco a poco acercarse hasta alcanzar el islote, colocándose bajo el árbol del que destacaban seis hermosos frutos.

Ascendió con asombrosa agilidad y dejó caer los frutos, que iban rodando por la playa hasta detenerse junto a la orilla del mar. Cuando descendió del árbol, Anasi rompió a llorar al comprobar que los frutos habían sido arrastrados por alguna ola mar adentro. Como quiera que no podía soportar la idea de regresar a casa sin llevar nada de comer, en su desesperación se arrojó él también al mar.

Para asombro de Anansi, en vez de ahogarse, de pronto se encontró de pie en el fondo del mar, frente a una preciosa casita por cuya puerta apareció un anciano diciéndole:

- Ya sé el motivo de que hallas venido a parar a este lugar y por eso te voy a ofrecer un obsequio.

El anciano entró en la casa y poco después volvió a aparecer con un bello bote en sus manos.

- Con este bote mágico no pasarás nunca hambre –le dijo. Cuando lo deseas, tan sólo tendrás que decir: “¡Bote, bote mágico!, ¡dame cuanto necesito!” Al instante podrás sacar del bote muchos ricos manjares.

Pronto se encontró en su barquita, de regreso a casa y no pudo contener su deseo de probar el poder de aquel bote mágico.

- ¡Bote, bote mágico!, ¡dame cuanto necesito!

Cantidad de manjares aparecieron al instante y con ellos disfrutó muchísimo. Al llegar a tierra sintió un profundo deseo de llegar a casa para poder utilizar el mágico bote y compartir su valiosa posesión con su familia; pero a medida que se iba acercando, un impulso egoísta se iba apoderando de él. Pensó que si utilizaban mal la fórmula, la magia podría desaparecer, pensó que si llegaba a oídos de la gente la existencia de aquel bote maravilloso, tratarían de robárselo, pensó que en manos de sus hijos el bote podría caerse y al romperse desaparecer la magia; pensó que de mucho usarlo podría agotarse la comida.

Inundado de aquellos pensamientos tomó la decisión de ocultar el bote y utilizarlo él tan sólo. Así pues, cada vez que sentía hambre, acudía al lugar donde ocultaba el bote y se ponía las botas.

Su mujer e hijos cada vez estaban más débiles y enfermos; en cambio el egoísta de Anansi, cada vez se encontraba mejor y más regordete.

El hijo mayor de Anansi era nuestro Kweku Tsin, que además de poseer el poder de transformarse en aquella forma que desease, también era muy observador; por eso no tardó en sospechar que su padre ocultaba algo. Así pues, decidió convertirse en mosca para averiguar lo que ocurría. Cuando Anansi entró en su habitación y cerró bien la puerta, Kweku con apariencia de mosca se coló por el hueco de la cerradura. Así descubrió la existencia de aquel bote, el lugar donde lo ocultaba y la fórmula que debía emplearse.

En cuanto Anansi marchó al bosque, Kweku cogió el bote y llamó a todos sus familiares, diciendo después:

- ¡Bote, bote mágico!, ¡dame cuánto necesito!

Ni qué decir de cuánto disfrutaron sus hermanos y su madre. Como quiera que la mujer de Anansi era muy bondadosa, decidió que debían compartir la magia de aquel bello bote con las personas necesitadas del poblado y para que además pudieran comer caliente, colocó el bote en el fuego, con tal mala fortuna que el bote se fundió, perdiendo su magia.

Asustados decidieron ocultarle a Anansi lo ocurrido; aunque pronto descubrió que faltaba el bote y tenía sospechas acertadas sobre

quiénes eran los culpables; aunque antes de castigarles tuvo una idea que le atraía todavía más.

En cuanto amaneció se puso en marcha camino de la playa, donde junto a la orilla, guardaba su vieja barquita. Remó alegramente hasta el islote en cuyo árbol encontró nuevamente media docena de frutas. Esta vez en vez de arrojarlos a la playa, las lanzó directamente al mar y detrás de ellos fue él mismo.

El astuto Anansi había tramado un buen plan, así pensaba. Pronto se encontró junto a la preciosa casa y allí se le apareció el anciano diciéndole:

- Ya sé lo que vienes a buscar y te daré lo que necesitas.

Entró pues en la casa y muy pronto apareció ofreciéndole un bello palo, que era mágico y al que debería pedirle lo que necesitaba.

Pronto se encontró Anansi en su vieja barquita remando, aunque la avaricia de obtener cosas valiosas le venció y cogiendo el palo mágico pronunció la fórmula:

- ¡Palo, palo mágico!, ¡dame lo que necesito!

Así ocurrió, pues el palo le dio tal tanda de golpes, que el desgraciado Anasi, todo lleno de cardenales y moratones no tuvo más remedio que arrojarse al agua y nadar a duras penas hasta la orilla.

Sus sueños y su barca fueron a la deriva y Anansi aprendió una lección que jamás olvidaría; o puede que sí.

EL CAZADOR Y LA TORTUGA

Un cazador de una aldea, cierto día se había alejado más que de costumbre y se había adentrado en la profundidad del bosque hasta parajes donde jamás había estado. De pronto se sorprendió al escuchar una voz que así cantaba:

- El hombre es quien se obliga las cosas. No son las cosas las que le obligan a él.

Aquel dulce canto estaba acompañado por una suave música que dejó encantado el corazón del cazador. Cuando la canción hubo terminado, el cazador, lleno de curiosidad se asomó entre las ramas para poder descubrir quién era el intérprete. Cuál su sorpresa al encontrar que no era otro más que una tortuga con su pequeña arpa colgando. Jamás había visto una cosa tan maravillosa.

Tal había sido el efecto, que el cazador no podía resistirse a regresar cada día al lado de aquella criatura mágica e insistiendo logró convencer a la tortuga para que marchara con él a su choza, para no tener que desplazarse tanto para poder escucharla. Pero la tortuga le hizo saber que sólo interpretaría estando a solas con él. El cazador le dio su palabra de que así sería.

Fue pasando el tiempo y el cazador empezó a no contentarse con escuchar así a la tortuga y empezó a imaginar cuánto podría presumir del don de la tortuga por el mundo y del beneficio que aquello le podía reportar. Así que primero se lo contó a una persona, después a otra y a otra más. Finalmente llegó a oídos del jefe quien mandó llamar al cazador para que pudiera contarle personalmente aquella historia maravillosa.

Él cazador describió con detalle cómo la tortuga cantaba y tocaba el arpa, pero todos en el pueblo le gritaban y despreciaban, negándose a creerle. Como él sabía que era cierto cuanto contaba, acabó diciendo:

- Si no es cierto lo que cuento, dejaré que me maten. Mañana traeré la tortuga para demostrarles que están equivocados.
- De acuerdo –le contestaron. Y si es cierto lo que cuentas de la tortuga, podrás castigarnos tú en la forma que consideres oportuna.

El cazador regresó a casa, feliz por como se habían desarrollado los acontecimientos y contento también de darles una buena lección.

Tan pronto como hubo amanecido llevó a la tortuga con su arpa a la plaza donde se celebraban las asambleas. Reunió a todos alrededor de una mesa, para que pudieran escuchar. El cazador le pidió que comenzara, mas la tortuga permanecía inmóvil. Así una y otra vez e iban pasando los minutos primero, las horas después. La tortuga permanecía muda y el cazador primero avergonzado y después temeroso. Intentó por todos los medios lograr que la tortuga cantase, pero en vano.

Cuando llegó la noche, llegó el final de la vida de nuestro cazador, pues murió en el momento en que el último rayo del sol de poniente se desvaneció. Justo en aquel instante y para sorpresa de todos los presentes, la tortuga habló.

Todos se miraron entre sí horrorizados, uno dijo:

- Nuestro hermano decía la verdad y lo hemos matado.
- Él trajo su propio castigo –aclaró la tortuga. Yo vivía tranquilamente en el bosque y accedí a venir pero le hice saber

que a cambio, tan sólo cantaría a solas con él. Nada hubiese ocurrido si hubiese cumplido su palabra.

La tortuga se puso a caminar con rapidez aunque muy despacio, al tiempo que tocaba el arpa y cantaba:

- El hombre es quien se obliga las cosas. No son las cosas las que le obligan a él.

LA AYUDA DE LA TORTUGA

Hace siglos la gente de esta tierra se preocupaba mucho por las inundaciones. A menudo el mar se desbordaba, arrastrando toda la arena que lo bordea y con ella todo cuanto se le ponía por delante. Una y otra vez ocurría lo mismo y muchas eran las vidas que se perdían en cada inundación.

Todas las gentes del lugar estaban empeñadas en encontrar una solución que terminase con aquel problema y acabase de una vez por todas con aquellos repetidos desastres.

La tortuga, sabedora del problema, acudió en cierta ocasión para ayudarles y así les habló:

- ¡Seguid mi consejo! Debéis plantar hileras de palmeras junto a la orilla del mar. Ellas se unen a la arena y juntas impiden que la arena sea arrastrada y cause tamaños destrozos y desgracias.

Así lo hicieron y desde entonces, gracias a la tortuga, las raíces de la palmera mantienen la arena firmemente en el lugar. Cuando llegó el desborde, la arena fue desplazada hasta la línea de las palmeras y no más.

MORNING SUNRISE

Había en una de las aldeas un hombre que tenía una hija realmente preciosa. Tal era su belleza que la gente la llamó Morning Sunrise. Ocurría que cada hombre que la veía quedaba prendado y deseaba casarse con ella; pero eran tres los pretendientes que más interés tenían en que fuera su esposa.

El padre se debatía en la elección, pero era para él una difícil situación pues era una decisión muy importante y debía de elegir la más acertada.

Ocurrió que una terrible noticia se extendió por los contornos. La bella muchacha yacía muerta, en su cama. Además su padre había resultado ser tan pobre que pedía ayuda a los pretendientes para poder pagar el digno funeral de su hija.

Un mensajero llegó a la morada del primer pretendiente, llamado Sabio. Cuando le dio la noticia pidiéndole ayuda, el contestó:

- Esa muchacha no es mi esposa, así que no pagaré ningún dinero en su funeral.

Después acudió el mensajero a la casa del segundo pretendiente llamado Ingenio y la respuesta de éste fue:

- ¡Oh no, no!; no voy a pagar los gastos del funeral. Su padre ni tan siquiera me dijo que estuviera enferma.

Así que no quedaba más que uno y el mensajero acudió al lugar donde vivía. Era un joven llamado Pensador, que quedó sumido en profunda tristeza al conocer la noticia y dijo:

- Ahora mismo iré a ver a Morning Sunrise y a llorar su muerte. Si hubiese vivido, seguramente hubiese sido mi esposa.

Sin dudarlo, el buen joven cogió un saquito de monedas, dinero que creyó suficiente para hacerle un buen funeral y se puso en marcha. Al llegar a casa de la muchacha le recibió el padre, quien le permitió pues era su deseo, que pasara a verla. Y no pueden imaginarse cuál fue la sorpresa que se llevó al encontrarla sana y salva.

Entonces se supo que el propio padre había sido quien había inventado la muerte de su hija para asegurarse de que se casaría realmente con aquel que ella merecía. Al mismo día siguiente y sin perder más tiempo se celebró la boda y Pensador junto a Morning Sunrise vivieron siempre felices.

EL MONO FIDDLE

El hambre y la necesidad obligaron a un mono a abandonar la tierra donde siempre había vivido para marchar a algún desconocido lugar donde poder trabajar y así ganarse la vida. Los bulbos, cebollas, frijoles, escorpiones y demás alimentos se habían agotado por completo en su propia tierra.

Afortunadamente lo acogió su tío abuelo que vivía en la otra parte del país. Cuando ya hubo trabajado suficiente tiempo, llegó el momento de regresar a casa y en recompensa por su esfuerzo y buena labor, su tío abuelo le regaló un violín y un arco con su flecha. Después le dijo que con aquel arco y flecha podía atinar y matar aquello que quisiese. Con el violín podría obligar a bailar a cualquiera que lo escuchase.

A su regreso quien primero fue a recibirle fue el hermano lobo. Este viejo le contó todo cuanto por allí había acontecido en su ausencia. También le dijo que desde el amanecer había estado tratando de cazar algún venado, pero todo en vano. Entonces el mono Fiddle le contó maravillas de su arco y cuántos animales había logrado matar con él, sin errar ni tan sólo una vez.

- Si me muestras dónde está el venado -le dijo-, yo lo derribaré en un instante.

Así ocurrió y se dieron un buen banquete los dos amigos. Pero en vez de estar agradecido, los celos empezaron a apoderarse del lobo, que terminó reclamando el arco y flecha para él. Como quiera que el mono se negaba a deshacerse de tan valiosos objetos; el lobo le dijo que se haría con ellos aunque tuviera que usar la fuerza para ello.

Entonces, el lobo aprovechó que pasaba por allí el chacal, para decirle que el mono le había robado su arco y su flecha. El chacal se alegró de que le contaran aquello pues ciertamente había oído hablar mucho acerca de aquel mágico arco. Por eso se ofreció a llevar el caso a la corte del león, del tigre y del resto de los animales para someterlo a juicio y se comprometió a custodiar el arco hasta que se celebrara el juicio y pudiera determinarse a quién pertenecía.

El chacal aprovechó aquella artimaña para quedarse por algún tiempo el arco y durante ese tiempo hubo una verdadera masacre de animales en el bosque, a cuenta del chacal.

Llegó el día del juicio y el chacal pensando en el beneficio que podría sacar si apoyaba al lobo, declaró en contra del mono Fiddle. El robo fue considerado como un gran mal y por eso decidieron colgarle.

Como quiera que el mono portaba su violín y recordaba lo que acerca de él le había contado su tío abuelo; pidió a la corte como último deseo, que le dejaran tocar tan sólo una melodía. Comenzó pues a tocar con su violín encantado y el maravilloso sonido que producía hizo que todos los presentes en aquel juicio, sin poder evitarlo, se pusieran a bailar como torbellinos.

Fiddle aceleró el ritmo de aquella vieja melodía y todos los presentes empezaron a girar y girar cada vez más deprisa y sin hallar forma de poder detenerse. Cada vez se encontraban más cansados, pero el mono continuaba su acelerada melodía.

El lobo fue el primero en suplicar a gritos y sin aliento:

- ¡Por favor!; detén la música, primo mono. ¡Por lo que más quieras!; deja ya de tocar.

Pero Fiddle no tenía intención de hacerlo, sabedor de lo que iría a ocurrirle si lo hacía. Entonces, agitado el león gritó:

- Mi reino es tuyo, mono, si dejas de tocar.
- No quiero tu reino, tan sólo quiero que me quiten la condena, que me devuelvan mi arco y flecha y que el lobo reconozca que fue él quien me intentó robar.
- ¡Lo reconozco! –exclamó el lobo con rapidez.
- ¡Quedas perdonado! –gritó también el león.

El mono les hizo girar todavía unas cuantas vueltas más hasta que finamente detuvo su mágica melodía. Después cogió su arco y flecha; subiendo después a la rama de una árbol. Entonces hizo ademán de ir a volver a tocar el violín. Asustados el león y el resto de animales salieron en desbandada hacia todos los rincones del mundo.

EL CHACAL Y EL LOBO

El chacal vivía en las afueras de la colonia y en cierta ocasión observó cómo regresaba de la playa un carro cargado de pescado. Corrió tras él tratando de colarse por la parte trasera, pero no encontró forma. Entonces corrió aún más rápido y después de adelantar a la carreta, se tumbó en medio del camino haciéndose pasar por muerto. El carro se detuvo y el conductor gritó:

- ¡Qué bien!; la piel de ese animal servirá mucho a mi mujer.

Cogió pues al chacal creyéndolo muerto y lo arrojó al interior de la carreta. Continuaron el camino y gracias al claro de luna podía verse cómo el chacal se daba un auténtico festín y además arrojaba pescado al camino para continuar comiendo después. Después saltó del carro y completó aquella suntuosa cena que su astucia le había proporcionado.

El viejo lobo observó cómo el chacal había completado su banquete y le preguntó la forma en que había conseguido aquel manjar. El chacal le explicó al detalle lo acontecido y el estúpido lobo se colocó a la vera del camino a la espera de que llegara otro carro con pescado. Pasado algún tiempo se acercó lo que tanto ansiaba.

- ¡Este es mi momento! –exclamó.

Rápidamente se tumbó a lo largo en el camino, con la certeza de ser visto y como quiera que una nube ocultaba casi la luna y su claridad, a punto estuvo de morir bajo las ruedas del carro. Finalmente el conductor pudo verlo y se detuvo al tiempo que gritaba:

- ¡Qué cosa más fea!

Y le empezó a propinar unas cuantas patadas al lobo. Después cogió un palo y siguió asestándole golpes al pobre lobo viejo que aquel díá recibió una gran paliza. Cojeando como pudo huyó y se dirigió a donde el chacal para contarle a su amigo el desgraciado incidente que le había sucedido.

- ¡Lástima! -dijo el lobo-; no tener una piel tan hermosa como la tuya.

Pasó el tiempo y como la comida escaseaba, al chacal y al lobo viejo no les quedó más remedio que ponerse a trabajar al servicio del hombre. Cierta noche se levantó el chacal y untó el cuenco del lobo con un poco de sabrosa grasa que tenía el amo y después se comió él el resto. Por la mañana, al descubrir el hombre aquello tan preciado que le faltaba, enseguida echó las culpas sobre el chacal, pues le creyó culpable. Pero el astuto chacal, antes de ser castigado, le dijo al hombre:

- ¡Mira el cuenco del lobo!

Así lo hizo el amo y al comprobar que estaba manchado de su grasa, asestó tal paliza al pobre lobo viejo, que lo dejó medio muerto.

LA LUNA NACE, MUERE Y VUELVE A NACER

La luna envió a la liebre para que diera un mensaje al hombre; para que supiera más acerca de su destino:

- Al igual que yo muero –le dijo la luna–, y regreso después a la vida. También el hombre muere y luego vuelve a vivir.

La liebre marchó a hacerles llegar el mensaje a los hombres, pero por despiste según unos o por malicia, según otros; al reunirse con los hombres les fue a decir:

- Me envía la luna para comunicarles que así como ella muere y no recobra la vida, así vosotros al morir no volveréis a vivir.

Al regresar, la luna le preguntó a la liebre cuál era el mensaje que les había trasmitido a los hombres.

- Les dije que al igual que la luna muere sin volver a vivir; así ellos al morir no recobrarían la vida.

Fue tal el enfado de la luna, que cogió un palo y golpeó a la liebre en la nariz. Cuentan que desde entonces la liebre tiene la nariz aplastada como hoy la conocemos.

CHACAL, PALOMA Y GARZA

Chacal, se cuenta que fue una vez a donde la paloma, que vivía con sus crías en lo alto de una roca y le dijo:

- ¡Dame uno de tus pequeños!
- ¡De ninguna de las maneras! –contestó la paloma.
- ¡Dame uno!, sé sabia; porque si no, volaré hasta allí y cogeré todos.

Asustada la paloma hizo lo que el chacal le pedía.

Regresó otro día el chacal y con la misma artimaña logró llevarse otra de las crías; dejando a la paloma muy apenada. Más tarde se acercó la garza a donde la paloma para interesarse por el motivo de sus lloros.

- Chacal me ha quitado dos de mis pequeños –le dijo–, por eso lloro.
- ¿Y cómo logró hacerlo? –le preguntó.

La paloma entonces le contó cuánto había acontecido.

- ¿Cómo fuiste tan tonta de dar tus pequeños al chacal, que no sabe volar? –le dijo.

Cuando regresó el chacal a por otra cría, la paloma le dijo:

- No te daré ninguno más de mis pequeños pues la garza me advirtió de que no sabías volar.
- ¡Atraparé a esa maldita garza!

Así marchó el chacal hacia los bancos de agua donde solía acudir con frecuencia la garza y efectivamente en aquel lugar se hallaba. Al llegar le dijo:

- ¡Hermana garza!, cuando el viento viene de lado... ¿cómo está usted?

La garza se volvió hacia donde el chacal diciéndole:

- Así estoy, doblando el cuello hacia un lado.
- Y cuando una tormenta viene y llueve... ¿cómo está usted, garza?
- Pues doblando el cuello así hacia abajo.

El chacal aprovechó aquel preciso momento en que la garza se encontraba en aquella postura para golpearla fuertemente, rompiéndole el cuello por el centro. Es desde entonces que la garza tiene el cuello doblado.

GALLO Y CHACAL

Cuentan que el gallo fue una vez más listo que el chacal. Como quiera que el chacal lo había capturado, el gallo le suplicó que al menos rezase por él antes de matarlo, tal y como solía hacer el hombre blanco.

- ¿Y de qué manera he de rezar? –preguntó.
- El hombre cruza las manos en la oración.

Así el chacal cruzó las manos y empezó a rezar.

- El hombre no mira alrededor como tú haces, cierra los ojos al rezar –le dijo el gallo.

Así lo hizo pues y el gallo aprovechó para escapar volando; al tiempo que le decía al chacal:

- Ni tan siquiera sabes rezar.

Allí se quedó el chacal, sentado y sin habla; porque aquella vez le habían superado en astucia.

EL LEOPARDO Y LA RATA

Njega, el leopardo estaba muy enfadado con su amiga Ntori, la rata; porque tras el reparto de la caza conjunta. El leopardo de había beneficiado enormemente en la partición, pero la rata se las había ingeniado y engañado al leopardo, llevándose una buena parte.

Al percatarse de lo ocurrido, el leopardo Njega le dijo a su esposa:

- Mi amiga la rata Ntori me ha robado carne y me ha engañado de todas las formas posibles; por eso he decidido matarla y después comerla.

Así que pretendió engañarla fingiendo estar enfermo. Al día siguiente hizo llegarle la noticia de que su tío el leopardo estaba enfermo de una fiebre y deseaba recibir su visita. Al recibir el mensaje, la rata Ntori dijo:

- Lo lamento mucho, mañana mismo iré a verle.

Pero la rata ya sospechaba que se trataba de una artimaña del leopardo para atraparla y seguramente no estaría enfermo. Así que marchó primeramente al bosque y recogió todo tipo de insectos que pican, guardándolos en cinco pequeños paquetes bien atados.

Pronto le llegó a la rata la noticia de que Njega, el leopardo había muerto. La rata cogió los paquetes y marchó rápidamente. Cuando llegó a la ciudad, la rata Ntori se unió a la multitud de visitantes que tenía el leopardo. Con gran llanto se le acercó la mujer de Njega y le dijo:

- Entra en casa a llorar conmigo. Tu tío está en la cama de al lado.

Pero Ntori en vez de ocupar el asiento que le ofrecieron como parente cercano, ocupó un asiento un poquito más alejado y les dijo:

- Antes de enterrar a mi pobre tío es necesario hacer cinco comprobaciones para asegurarnos de que ciertamente está muerto.

Así se puso de pie junto a la cama; a distancia prudente para que el leopardo no pudiera alcanzarle con las zarpas. Después colocó el primer paquete sobre el cuerpo desnudo de Njega. Abrió el paquete y todos los insectos, furiosos por su cautiverio, la emprendieron con el animal más cercano que tenían, que no era otro más que el leopardo, que como pudo, soportó el dolor que le produjeron, sin moverse.

La rata Ntori colocó el segundo paquete en otra parte del cuerpo del leopardo y lo abrió. Njega apenas pudo soportar aquel suplicio sin hacer mueca de dolor.

Después abrió el tercer paquete sobre la cara del leopardo; que empezó a temblar con aquella tortura. Abrió el cuarto y Njega empezó a retorcer su cuerpo y cuando abrió la rata el quinto paquete, el leopardo ya no podía soportar el dolor de las picaduras y se levantó de la cama alzando un puñal que llevaba escondido. Pero la precavida rata Ntori que ya se esperaba aquella reacción, ágil salió antes de que pudiera atraparla y corriendo puso tierra de por medio.

Mientras, entre llantos, el leopardo Njega ciertamente ahora si parecía agonizar de tanto veneno que le habían introducido aquellos insectos.

LA HIJA DEL MERCADER

En un tiempo en que todos los hombres y bestias vivían juntos, llegó a todos la noticia de que un rico mercader de un país lejano, tenía una hija para la que quería encontrar esposo. No pedía una dote, ni dinero; ofrecía su mano a aquel que lograse realizar alguna difíciles tareas, que había pensado.

El elefante fue el primero en acudir, pretendiendo ser quien se casase con la muchacha. Se dispuso a realizar la primera prueba, debía tomar un cucharón de calabaza roto y con él, llenar un cántaro de agua. Pero cada vez que alzaba el elefante el cucharón, el agua se le escurría y no lograba introducir en el cántaro más que escasas gotas. Finalmente, comprendiendo que era labor imposible; marchó del lugar cabizbajo.

Después fue el turno del gorila que trató de conseguirlo, pero sin ningún éxito. El hipopótamo fue el siguiente y todos le animaban, aunque acabó también fracasando. Uno tras otro fueron sucumbiendo y sólo faltaban el leopardo y la tortuga. A la tortuga no le quedó más remedio que ceder el puesto a su adversario que muy pronto también desistió y marchó enojado.

La tortuga se acercó pues y saludó al mercader a quien dijo que venía con intención de casarse con su hija.

- Podrás hacerlo -le dijo-; si logras hacer las cinco pruebas.

Primeramente la tortuga cogió el cucharón de calabaza y el cántaro que debía llenar. Trató de coger agua con él, pero en vano porque toda el agua iba a parar al suelo. Se sentó un momento a meditar y

después se dirigió al bosque. Allí tomó un poco de goma de caoba, hizo un pequeño fuego y derritió la goma que untó sobre las grietas del cucharón. Así logró componerlo en poco tiempo y de esa manera no le resultó nada difícil llenar el pequeño cántaro y ofrecérselo al mercader.

- ¡Fabuloso! -dijo el mercader-; es muy lista Ekaga, tortuga.

A la mañana siguiente debía realizar la segunda prueba y el mercader le llevó a un lugar donde se encontraba un gran árbol y le encargó que debía coger con sus manos las frutas más altas para su hija, pero para lograrlo, no podía talar el árbol. Pensó que la única manera de lograrlo, sería escalando e hizo una primera prueba. Subió un poco, mas rápidamente se deslizó hasta el suelo. Pronto se dio cuenta que el árbol había sido untado con algún tipo de aceite que lo hacía muy resbaladizo y no había forma de poder subir por él.

La tortuga se volvió a sentar a meditar y tras estar así algún tiempo, se levantó y fue a buscar un pico y una pala. Enseguida empezó a cavar un profundo agujero hacia las raíces del árbol, que cuando quedaron liberadas, hicieron que el árbol cayera rápidamente. Entonces, la tortuga se acercó al árbol y logró coger sin esfuerzo las frutas que entregó a la hija del mercader. Todos estaban asombrados con la astucia de la tortuga.

Así, una tras otra, fue superando todas las pruebas, a cada cual más difícil y obtuvo la mano de la bella hija del mercader.

EL REY QUE SE CASÓ CON LA HIJA DEL GALLO

Al rey Effion de Duke Twon, Calabar, le gustaban mucho las doncellas bonitas. Siempre que oía hablar de alguna chica que destacase por su belleza, mandaba traerla ante su presencia y si resultaba que llegaba a gustarle mucho, la hacía esposa suya. Effion tenía ya doscientas cincuenta esposas, pero no le parecía suficiente y deseaba para él las mejores y más bellas mujeres que había en la tierra.

Los amigos del rey solían ayudarle en la búsqueda de chicas de agrado para su monarca y le contaron que la hija del gallo era hermosísima, mucho más que cualquiera de las esposas del rey. En cuanto Effion oyó hablar de aquella manera; avisó al gallo para casarse con su hija Unen Adia.

Al gallo, que era muy pobre, no le quedó más remedio que acatar la voluntad y orden del rey y tuvo que llevar a su hija con cuya belleza quedó Effion enormemente satisfecho. El rey pagó una dote de seis toneladas de aceite de palma y el gallo le advirtió que no debía de olvidar que su hija tenía instintos de gallina. No debía culparla si al ver maíz, se ponía a recogerlo. El rey dijo que no le importaba, que la muchacha comiese lo que desease.

Effion entonces se casó con Unen Adia y tanto le gustaba que se olvidó de las otras esposas y vivía sólo con Adia, porque era quien realmente le agradaba. Se divertía muchísimo jugando con ella, le entretenía de tantas formas que no podía vivir sin ella. Al resto de mujeres las tenía totalmente excluidas y ni tan siquiera les hablaba. Por eso estaban cada vez más enfurecidas y cada vez odiaban y estaban más celosas de Adia, por no tener ocasión de poder estar junto al rey.

Así empezaron a alegrarse imaginando alguna desgracia que podría devenir a Unen Adía. Después de discutir mucho de cómo podrían perjudicar a la hija del gallo; la última de las esposas favoritas y que había dejado de serlo, dijo:

- Esa chica a quien todas odiamos, al fin y al cabo no es más que la hija del gallo y no será difícil dejarla en mal lugar delante del rey.
- Escuché a su padre decir que no podía resistirse al ver el maíz y era capaz de arrojarse encima de él.

Aprovecharon pues que todo el pueblo y país había acudido a rendir homenaje al rey. Eso se hacía tres veces al año y llevaban las gentes ñames, gallinas, cabras y maíz nuevo. El rey estuvo toda la fiesta entretenido y repartió aceite de palma y una bebida embriagadora llamada pombo. Así estarían varios días.

Llegó la hora de llevar a cabo el plan tramado. Sobre las diez, todos los jefes y gentes estaban reunidos en la plaza, también el rey, en su gran silla de madera. Una criada apareció portando una calabaza que en su interior contenía cantidad de maíz. Se fue acercando hasta que simuló tropezarse, arrojando todo el maíz a los pies de Unen Adia, quien rápidamente se abalanzó sobre el maíz y empezó a comerlo delante de todo el pueblo. Todos se reían y el rey se sintió muy enojado y avergonzado.

Muchos dijeron que el rey debía elegir mejor las esposas; que supieran cuidar mejor los modales y costumbres. Otros dijeron que no se podía esperar mucho más de la hija de un gallo; a ella no se la debía de culpar de obedecer a sus costumbres naturales.

Pero el rey estaba tan disgustado que ordenó que hicieran las maletas de Adía y que la llevaran a su casa junto a su padre el gallo.

Ocurrió que una de las esposas del rey era buena y además apreciaba mucho a Adia; acudió a donde el rey para contarle cómo habían tramado todo, sobre todo su penúltima esposa. Todo para perjudicar a la hija del gallo y causarle alguna desgracia. Todo había sido planeado para que el rey se deshiciese de la pobre Unen Adia.

Cuando escuchó palabras tan sinceras de aquella mujer, decidió deshacerse de la causante de aquel lamentable incidente. Quedó tan enojado que la mandó a casa de vacío, sin ropa ni regalos. Siempre que los padres de la malvada muchacha habían necesitado algo, el rey se lo había ofrecido; consiguieron hasta entonces cuanto quisieron de palacio. Por eso, sin aquellos recursos, comenzaron a vivir tan miserablemente que acabaron en la calle y pasado el tiempo murieron de hambre.

El rey había quedado tan triste por haber expulsado a su esposa favorita Unen Adia, que murió de tristeza al año siguiente.

Cuando vieron lo que había sucedido con el rey, aprobaron un decreto para que a partir de entonces nadie pudiera casarse con ningún animal o ave.

EL LEOPARDO Y EL PEZ

Hace muchos años, cuando el rey Eyo gobernaba en Calabar, el pez solía vivir en tierra y era muy amigo del leopardo. A menudo solía acudir a su casa del bosque donde se entretenía con el felino.

Como quiera que la esposa del leopardo era muy bella, el pez acabó enamorándose de ella. Después de aquello, cada vez que el leopardo se adentraba por el bosque, el pez aprovechaba para ir a su casa y acostarse con su esposa.

Pero llegó el día en que una anciana que vivía por allí advirtió al leopardo de lo que estaba ocurriendo entre su amigo el pez y su esposa. Al principio, el leopardo no se quería creer que su amigo pudiera asestarle un golpe tan bajo, pero cuando regresó de forma inesperada, se lo encontró junto a su esposa.

Estaba el leopardo tan enojado que primero pensó en acabar con la vida del pez; pero como había sido durante tantos años su amigo; lo que hizo fue el informar de lo ocurrido al rey.

El rey celebró un consejo y ofreció un gran discurso. Cuando le tocaba al pez su turno de defenderse, no fue capaz de decir nada por lo que el rey se dirigió a sus súbditos diciendo:

- Éste ha sido un suceso muy grave, ya que el pesado era gran amigo del leopardo, que siempre confió en él y acabó traicionándole.

El rey entonces hizo una ley por la que los peces en el futuro abandonarían tierra y deberían vivir en el agua y si acudían a tierra,

deberían morir pronto. También dijo que a partir de entonces todos los hombres y animales tenían permiso para matar y comer los peces que pudieran atrapar; como castigo por el comportamiento del pez con la esposa del que fuera su gran amigo, el leopardo.

LAS MOSCAS Y LA VACA

En cierta época, Adisha Umo fue reina de Calabar, siendo muy rica y hospitalaria solía dar grandes fiestas para todos los animales domésticos. Nunca invitaba a las bestias salvajes porque las tenía mucho miedo.

En una de las fiestas que dio había tres grandes mesas y la reina dijo a la vaca que se sentara a la cabeza de la mesa y que se encargara ella de repartir la comida. Así que la vaca fue repartiendo el primer plato y al llegar donde la mosca, tal vez por pequeña, olvidó de darle su parte. Entonces la mosca le llamó la atención y la vaca le contestó:

- ¡Cállate amigo!, usted debe ser paciente.

Con el segundo plato fue a ocurrir lo mismo y para cuando se hubo terminado toda la comida, la mosca no había probado bocado.

Al día siguiente se quejó la mosca a la reina, y ésta, por su mal comportamiento, decidió darles a las moscas libertad para buscar alimento en la vaca y molestarla siempre que desearan. Por eso es que se pueden ver tantas moscas en los lugares donde hay una vaca.

POR QUÉ EL GATO MATA RATAS

Ansa fue rey de Calabar durante medio siglo. Como ama de llaves tenía a un fiel gato y también tenía una rata en casa. Era un rey obstinado, fuerte de cabeza; pero le gustaba demasiado el gato, al que siempre hacía ir a su tienda.

La rata, que era muy pobre, se enamoró de una de las sirvientas del rey, pero nada podía regalarle porque ningún dinero poseía. Finalmente pensó dónde podría obtener qué regalar. Siendo pequeña aprovechó para colarse fácilmente en la tienda del rey, por la noche, haciendo un agujero en el techo. Allí robó maíz y peras nativas, que ofreció a su novia.

Al ir acabando el mes, el gato cayó en la cuenta de que faltaban de la tienda del rey, maíz y peras nativas.

El rey se enojó mucho y pidió al gato explicaciones. No encontraba explicación alguna hasta que una amiga le dijo que la rata había estado robando para ofrecérselo a la sirvienta. Al descubrir aquello, el rey ordenó azotar a la sirvienta. Pero la rata a su vez, para salvar el pellejo, acusó de lo ocurrido al gato.

Así que fueron los dos despedidos. El gato entonces se sintió tan enojado que se comió a la rata y desde entonces, cuando un gato ve a una rata, se la come.

LA TORTUGA, EL ELEFANTE Y EL HIPOPÓTAMO

El elefante y el hipopótamo eran tan buenos amigos que siempre apacentaban juntos. Cierta día en que se encontraban cenando, se les apareció la tortuga diciéndoles que a pesar de ser tan grandes y fuertes, ninguno de ellos sería capaz de sacarle del agua, tirando de una cuerda que estaría atada a su pata. Le ofreció diez mil cañas al elefante si lograba sacarle del río al día siguiente. Sorprendido el elefante al ver lo pequeña que era la tortuga que le retaba, así le dijo:

- Está bien, pero si no logro sacarte del agua, no te daré diez, sino veinte mil varas.

Así pues, se juntaron por la mañana en el río y tal y como habían acordado, la tortuga ató la cuerda a su pata y bajó hacia el río. Ya dentro del agua, como quiera que conocía perfectamente el lugar, se lanzó al agua ante la mirada del elefante y rápidamente soltó la cuerda de su pata y la ató fuertemente a una enorme roca que había en el fondo del río, en la otra orilla. Ella quedó bajo el agua.

El elefante entonces se puso a tirar, primero un poco; luego un poco más y finalmente con todas sus fuerzas y con gran esfuerzo durante mucho tiempo. Finalmente, con el elefante exhausto, fue a romperse la cuerda. Entonces, la tortuga desató la cuerda de la roca y se la volvió a colocar en su pata, apareciendo en la superficie sin signos de haber hecho grandes esfuerzos. Así pues, todos pudieron comprobar que el elefante no había sido capaz de derrotar a la tortuga y no le quedó más remedio que pagar a la tortuga el precio acordado en la apuesta.

Feliz marchó la tortuga a casa junto a su esposa, con las veinte mil varas que había logrado.

Pasados varios meses, el dinero de la tortuga se había reducido, así que pensó en utilizar la misma artimaña para engañar al hipopótamo y obtener nuevamente gran beneficio.

El hipopótamo estuvo de acuerdo con la prueba pero puso la condición de que él también estaría en el agua, seguramente para asegurarse que la tortuga no hacía ninguna de las suyas.

Por la mañana se colocó la tortuga en el río junto al hipopótamo, atándose la cuerda a la pierna. Cuando el hipopótamo se dio la vuelta para empezar a tirar, la tortuga salió rápidamente del agua, dio dos vueltas a un árbol de palma donde sujetó bien la cuerda y luego se escondió al pie del árbol; de manera que el hipopótamo se puso a tirar y a tirar con todas sus fuerzas. Tiraba y tiraba sin lograr arrastrar a la tortuga, que descansaba tranquilamente a la sombra del árbol.

Cuando ya agotado, el hipopótamo iba a darse por vencido, la tortuga salió rápidamente de su escondite, desató la cuerda del árbol de palma y se la ató de nuevo en la pata, de manera que el hipopótamo no logró darse cuenta de la artimaña. El pesado animal entonces, tuvo que reconocer que la tortuga era la vencedora del duelo y que suyas debían de ser las veinte mil varas.

El elefante y el hipopótamo entonces acordaron tomar a la tortuga como amiga, porque era demasiado fuerte; pero en realidad no era demasiado fuerte, sino demasiado astuta.

Luego les prometió la tortuga que iría a vivir con ellos, pero como quiera que andaba siempre entrando y saliendo del agua para poder estar tanto con un amigo como con el otro. Finalmente envió a su hijo a vivir en tierra con el elefante y él se quedó en el agua con el hipopótamo.

Eso explica que existan tanto tortugas en tierra como en el agua. La tortuga de agua suele ser más grande que la de tierra porque en el agua hay más peces y alimento para ella que en la tierra.

LA HISTORIA DE LOS PÁJAROS NSASAK Y ODUDU

Hace mucho tiempo, en los días del rey Adán de Calabar. Éste rey quiso comprobar si algún animal era capaz de aguantar sin comer, largo período. Dijo entonces que quien lograra aguantar más tiempo, quedaría convertido en jefe de su tribu.

El pájaro Nsasak es muy pequeño, con su pecho de color verde y rojo brillante, teniendo también plumas de color azul y amarillo y cuello redondo y rojo. Le gusta comer nueces maduras de palma. El pájaro Odudu por su parte, es mucho más grande, del tamaño de una urraca; con cantidad de plumas, pero su cuerpo muy delgado y larga cola. Su color es negro y marrón, con el pecho de color crema. Come principalmente la hierba tolva y es muy aficionado a los grillos que cantan por la noche.

Tanto Nsasak como Odudu fueron grandes amigos y vivían juntos y juntos planearon presentarse ante el rey para tratar de ganar la prueba y lograr así ser alguno de ellos, jefe. Odudu estaba bastante seguro de que ganaría ya que era bastante más grande que Nsasak y se ofreció a aguantar siete días.

El rey les pidió que construyeran dos casas, para allí vigilarlos y dijo que él se encargaría de que quedaran bien cerradas. Así, se pusieron los dos amigos a construir cada cual su habitáculo, pero como quiera que Nsasak era un pájaro muy astuto, pensó en que no sería posible aguantar siete días sin comer nada; así que al hacer su casa preparó un pequeño agujero en la pared, que luego cubrió con cuidado para que el rey no pudiera darse cuenta.

Cuando el rey se acercó para ver cómo habían quedado sus viviendas, le pareció que todo estaba en perfecto orden. Ordenó pues a los pájaros que entraran y luego las puertas fueron bien clavadas desde el exterior.

Cada mañana, al amanecer, el pequeño Nsask utilizaba el agujero para escapar y volar a gran distancia y disfrutar durante el día, con cuidado de no ser visto por los campesinos. Después, cuando el sol se despedía, volaba hasta su pequeña casa, se colaba por el pequeño agujero y lo cerraba después con cuidado. Cuando ya se encontraba a salvo, llamaba a su amigo Odudu y le preguntaba si sentía hambre. Odudu le decía que sí, pero que debían de aguantar si querían vencer. Nsasak le decía por su parte que se encontraba perfectamente y que podía aguantar mucho tiempo.

Durante varios días fue ocurriendo lo mismo; pero la voz de Odudu pareció irse debilitando más y más a cada noche que pasaba. Hasta que un noche, cuando Nsasak le llamó, no obtuvo ninguna respuesta de su amigo Odudu. Se puso muy triste pero no podía decir nada porque tenían prohibido hablar.

Cuando hubo vencido el plazo, el rey ordenó abrir las puertas de las casas de los pájaros. Nsasak salió volando y se encaramó en la rama de un árbol cercano, donde comenzó a cantar alegremente. Por su parte, Odudu no fue capaz de salir, porque el pobre estaba muerto.

El rey por lo tanto, nombró a Nsasak como jefe principal de todas las aves pequeñas y dicen que en la actualidad el Nsasak es una ave difícilísima de capturar debido a su gran astucia.

EL ESPÍRITU DE LAS AGUAS

Hphere es el gran espíritu de mujer en África; que cuentan que es quien controla los espíritus de la lluvia, de los rayos, del agua...

Dicen que algunas mujeres andaban ocupadas en un lugar donde el agua era muy escasa y llevaban consigo unos frascos llenos de aquel preciado líquido. De pronto una anciana con un niño pequeño envuelto en su espalda, se detuvo junto a ellas y les preguntó:

- Por piedad... ¿podrías darle de beber un poco de agua a mi bebé, que tiene mucha necesidad?
- ¡De eso nada! –le contestaron. Tenemos que realizar un largo camino y necesitamos el agua para nosotras.

La anciana al ir a marcharse les dijo que algún día lamentarían su falta de amabilidad.

La pobre mujer prosiguió su camino y poco después se encontró a un hombre subido a un árbol de palma; así que le preguntó:

- Amable señor... ¿podría darle a mi bebé un poco de vino de palma, ya que se está muriendo de sed?

Rápidamente el hombre descendió del árbol y le ofreció una calabaza que portaba, llena de vino.

- Pero... ¡no entra la taza para poder coger! –dijo la anciana.
- No se preocupe –contestó el buen hombre–, romperemos la calabaza y daremos de beber al bebé cuanto necesite.

La mujer quedó muy agradecida y le dijo al hombre:

- No deje de venir mañana a este mismo lugar.

Por la noche, el hombre se sorprendió porque desde lejos podía verse una vela encendida en el lugar que le indicó la anciana. En cuanto amaneció, impaciente se apresuró a marchar a donde le habían indicado. Al acercarse se encontró con la anciana que le dijo:

- No se sorprenda con lo que encuentre, pues ha sido obra de Hphere, el espíritu de las aguas.

Entonces el hombre continuó y al llegar se llevó una gran sorpresa; en el lugar donde antes no había nada, ahora había un gran lago.

- Podrás beber y no te faltará pesca -le dijo la anciana-; pero ninguna mujer debe tocar los peces y el agua de este lugar.

El lago y los peces habían sido prohibidos para las mujeres por la falta de caridad y amabilidad que habían demostrado.

El nombre de ese lago es Bosi.

DEMANE Y DEMAZANA

Había una vez dos hermanos que vivían juntos. Ella era mayor y se llamaba Demazana; él era menor y se llamaba Demane. Su casa no era más que una cueva y Demane siempre solía recordarle a su hermana que en su ausencia jamás debía de encender fuego; pues el olor podría atraer a los caníbales que solían andar siempre al acecho por aquellos bosques.

Pero cierto día olvidó Demazana los consejos de su hermano e hizo una pequeña fogata. Así que atraído por el olor del humo; uno de los caníbales llegó hasta la cueva y se llevó a la muchacha consigo. Demazana logró al menos coger un puñado de cenizas que fue arrojando poco a poco hasta que llegaron a la hermosa choza del caníbal; donde introdujo a La muchacha en un saco que después quedó bien atado.

Cuando regresó Demane a la cueva, al ver el humo y notar la ausencia de su hermana, pronto imaginó lo que habría ocurrido. Se sentó sobre una roca para pensar qué hacer y en ese mismo instante, observó un poco de ceniza junto a la entrada de la cueva. Rápidamente comprendió que era una señal que su astuta hermana le había dejado para que pudiera encontrarla.

Fue siguiendo el rastro de cenizas y por el camino encontró un enjambre de abejas que con cuidado llevó consigo; escondiéndolo justo antes de llegar al lugar donde se terminaba el rastro de las cenizas, la choza del caníbal. Allí, haciendo como que no sabía nada, llamó a la puerta y pidió un vaso de agua. Como quiera que el caníbal marchó en busca del agua, Demane aprovechó aquel momento para desatar el saco, liberar a Demazana para que escapara. Después introdujo rápidamente el enjambre

de abejas en el saco y tuvo tiempo justo para atarlo, ya que entonces apareció el caníbal con el agua.

Así marcharon felices los hermanos, quitando las señales de ceniza, por si acaso. El caníbal por su parte estaba preparado para su gran banquete. Cuando abrió el saco, las abejas que pululaban dentro, le picaron con tanta fuerza que horrorizado salió corriendo a fuera de su choza y se precipitó a un estanque donde quedó convertido en mojón de árbol.

Los huérfanos tomaron posesión de aquella hermosa choza y de todas las pertenencias del caníbal.

LA NIÑA DE ARCILLA

Una mujer tomó cierto día arcilla y moldeó una preciosa niña que vistió con fina costura; pero entonces le advirtió:

- Hija mía... te he hecho de arcilla; así que si notas que empieza la lluvia, debes regresar rápidamente a nuestra casa del pueblo o ponerte a resguardo.

La muchacha prometió que haría caso de cuanto le había aconsejado.

Cierto día llegaron a donde ella otras chicas diciéndole:

- Compañera, ven a jugar con nosotras.

Así que marchó con las jóvenes, caminaron juntas y llegado el momento; al llegar a un lago, se desnudaron y comenzaron a bañarse.

- ¡Ven a bañarte con nosotras! –le gritaban.

Pero la muchacha triste se negó a hacerlo y cuando le preguntaron los motivos de no entrar al agua, ella permaneció callada.

Al día siguiente todas las chicas marcharon al lago, la muchacha de arcilla fue con ellas y nuevamente se dispusieron a tomar un baño.

- ¡Ven a jugar dentro del lago! –le gritaban.

En esta ocasión sí les hizo caso y la chica de arcilla se metió también en el agua; pero en aquel preciso momento comenzó a derretirse. Asustada se puso a gritar:

- ¡Ay madre, ven!, ¡tómame!

Pero la madre se negó al tiempo que le decía:

- ¡Hace mucho que te advertí que no debías ir al agua y me has desobedecido!

Y la pobre niña se desvaneció.

BLANCOS Y NEGROS

Al comienzo de los tiempos cuatro hombres caminaban a través de un bosque y llegaron a un lugar donde había dos ríos; uno con el agua tan clara como el cristal, llena de pureza. El otro era negro, resultaba asqueroso y horrible al gusto; pero el sucio estaba más cerca del camino que llevaban y el cruzarlo les felicitaría continuar por aquel mismo camino. El cristalino, aunque estaba más apartado, probablemente permitiría también retomar el camino de antes.

Dos decidieron cruzar por el río negro y los otros dos en cuanto tocaron el agua, se dieron la vuelta y cruzaron por el cristalino; al pasar el río descubrieron para su sorpresa que su piel había tomado el color negro por todas partes donde habían tocado el agua; menos los plantas de los pies por llevar sandalias, las plantas de las manos y la boca.

En cambio, los dos hombres que habían cruzado por el río negro, habían tomado un color muy blanco. Al cruzar el río, además, los dos pares de hombres habían tomado caminos diferentes. Los blancos llegaron a un lugar muy grande donde blancas esposas les esperaban. Los hombres negros también encontraron negras mujeres en una aldea donde se casaron.

Así es que algunas personas son negras y otras blancas.

LA HISTORIA DE UNA MUCHACHA ASTUTA

Había un hombre que tenía una hermosa hija y todos los chicos la querían a causa de su belleza. Dos jefes que fueron rivales acudieron un día a donde la chica diciendo que venían por ella.

- ¿Qué queréis de mí? –preguntó.
- Nos gustas mucho, por eso vinimos donde ti –contestaron.

La chica fue entonces a contarle a su padre cuanto ocurría con la visita que había recibido. Entonces el padre se acercó a ellos y les preguntó por qué motivo habían acudido a aquel lugar.

- Somos rivales entre nosotros y venimos a buscar a tu hija con deseos de ser su esposa.
- Bueno... –les dijo el padre–; quedáros a dormir esta noche y mañana nos juntaremos de nuevo para resolver esta cuestión.

Cuando hubo amanecido acudieron los pretendientes a donde el padre de la chica.

- Aquí estamos, tal y como nos pediste que hiciéramos.

Mientras la chica escuchaba atenta, el padre les dijo:

- Esperad aquí mientras voy al mercado y compro un pedazo de tela.

El padre entonces se levantó, cogió dinero y marchó rumbo al mercado. Se acercó al lugar donde vendían ropa y compró el pedazo de tela, regresando después al lugar donde los dos jóvenes le estaban esperando. Al encontrarlos, avisó también a su hija y les dijo:

- Vosotros sois dos y la chica una tan sólo. Si le doy a uno mi hija, al otro se la tendré que negar. He aquí una prueba que preparé para poder resolver este dilema. Aquí tenéis esta pieza de tela; la partiré en dos trozos para que hagáis costura de un vestido cada uno; quien primero termine su labor, podrá casarse con mi hija.

Tomó cada uno su pedazo de tela y se dispusieron a coser mientras el padre observaba. También pidió a su hija que se acercara tomando agujas e hilos y le dijo:

- Toma el hilo y agujas y encárgate de irlo enhebrando y dando a los jóvenes.

Así lo hizo, pero como la muchacha era muy astuta; sin saberlo tan siquiera su padre; fue enhebrando hilos cortos para el chico que realmente le gustaba y largos al otro; de manera que dando pequeñas puntadas fue el primero avanzando más rápido en su labor, mientras que el otro daba largas puntadas, teniendo que arrastrar siempre un trozo de hilo mucho mayor.

Iba pasando el tiempo y el padre les preguntaba si ya habían acabado; ellos decían que no. Preguntaba otra vez y otra vez la misma respuesta; preguntaba de nuevo y de nuevo decían que no. Finalmente el joven que había gustado a la chica dijo haber acabado su vestido y mostró su prenda perfectamente acabada. Al otro pretendiente sin embargo, aún le faltaba buena parte por coser.

Entonces, por curiosidad, los jóvenes preguntaron al padre los motivos de haberles hecho realizar aquella curiosa prueba.

- ¡Hijos míos!; cuando acudisteis a mí para casaros con mi única hija, yo no podía saber cuál de los dos convenía como esposa para mi pequeña. Os hice coser los vestidos porque pensé que el que más rápido cosiera para casarse con mi hija; también trabajaría más rápido para que pudieran vivir mejor. Mientras que el que cosiera más despacio, también podría hacer otras labores más despacio.

Los dos estuvieron conformes con la explicación del padre; lo que no sabían ni ellos, ni el propio padre; era que quien había determinado quién sería el ganador de la prueba, había sido la astuta muchacha; que no tardó mucho tiempo en casarse con el joven que había terminado de coser el vestido antes.

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Shu’lo, la liebre; siempre andaba jugando malas pasadas al resto de los animales; consiguiendo las cosas máspreciadas que a ellos pertenecían. Como solía ser el más listo, así solía lograr casi siempre aquello que se proponía. Aunque había dos animales: Jo’ngwe el gallo y Ha’mba la tortuga, que estaban a su altura en astucia. En esta historia podremos ver quién fue más listo, si la liebre o la tortuga.

En cierta ocasión liebre y tortuga salieron juntas a robar patatas dulces. Después de haber excavado y cogido cuanto deseaban, hicieron un fuego y comieron suficientes patatas asadas como para calmar el hambre. El resto de patatas las introdujeron en dos sacos, para llevar a casa. La liebre entonces dijo:

- ¡Venga!, vamos a correr en direcciones opuestas, avisando a la gente de que alguien les está robando las patatas. Luego regresamos a por nuestros sacos y correteamos rápidamente hasta casa, antes de que puedan alcanzarnos.

La liebre había pensado que la tortuga sería tan lenta que la gente iría a atraparla antes de que pudiera alcanzar el campo de patatas y escapar con su saco. Así partieron por senderos opuestos, gritando y avisando a la gente. Después, Shu’lo, rápidamente regresó a por su saco. No había ni rastro de la tortuga.

- Seguramente –pensó–, a estas alturas ya habría sido capturada por los enfadados campesinos y castigada por ladrona.

La liebre cogió su saco y lo echó por encima del hombro, partiendo a toda velocidad hacia su casa.

- ¡Cuánto pesa el saco! -decía-; ¡menuda cena que tendremos hoy en casa!

Más delante le dio la impresión de que el saco pesaba algo menos y se dijo:

- ¡Qué fuerte estoy!, cuanto más camino, más cómodo y fácil me resulta llevar el saco.

Cuando llegó a casa, llamó a su esposa:

- ¡Oh, mujer!; venga y vea que rica cena traigo. La tortuga hizo casi todo el trabajo y yo me traigo sus patatas -decía sin poder parar de reírse.

Arrojó el saco al suelo y lo abrió. Pero no fueron patatas lo que cayeron, sino la tortuga.

- Una buena cena -dijo la tortuga-, la que he disfrutado mientras paseaba.

Y la liebre Shu'lo se quedó allí con dos palmos de narices, porque creyéndose la más astuta, la tortuga había demostrado serlo aún más.

EL BABUINO Y LA LIEBRE

En cierta ocasión, Shúlo, la liebre pensó en jugarle una mala pasada a Zinhéde, el babuino. Así que fue donde él y le dijo:

- ¡Babuino, babuino! Tengo un juego muy bueno y divertido...
¡vamos a matar a nuestras madres!

Entonces la liebre se introdujo en su casa y cogiendo un palo se puso a dar golpes y golpes con enorme ruido y luego apareció contento y diciendo:

- ¡Ya está!, ¡qué divertido!

El mandril que lo había escuchado todo, dijo:

- Si la liebre ha hecho lo que acordamos; pues yo debo hacerlo también.

El inocente babuino tomó el palo y a golpes acabó con la vida de su madre. Después marcharon juntos de cacería y cuando regresaron, el mandril fue a su casa y no encontró nadie que le preparase la cena e hiciese compañía. Sólo halló a su madre muerta. Estaba sólo, hambriento; triste y lloraba desconsoladamente.

La liebre Shúlo por su parte llegó a casa cantando y riendo, entre dientes. Allí estaba su madre que pronto se dispuso a preparar la cena. Juntos comían y se reían del estúpido babuino que tenía tan poco sentido que por divertirse, había matado a su mejor amiga.

EL LEÑADOR Y SU BURRO

Érase una vez, un leñador pobre, que trabajaba todos los días cortando leña en el bosque. Por la tarde cargaba su burro con la madera que había logrado cortar e iba a la ciudad a venderla. Lo que ganaba tan sólo le daba para que pudieran comer su mujer y en aquel mismo día. Así vivieron muchos días y muchos meses.

Un día en que fue a la selva y se encontraba trabajando, observó muchas aves sobre un árbol con el pico abierto y había una nube de insectos sobre el árbol que caían en la boca de los pájaros. Entonces el leñador se dijo:

- He aquí que las aves se sientan en la parte superior de un árbol con la boca abierta y Dios los alimenta con insectos que caen en su boca. No tienen que trabajar ni hacer nada para conseguir sustento; tan sólo abrir la boca y ya son alimentados. ¿Por qué tendría yo que trabajar duro todo el día, para recibir lo justo para comer? ¿Por qué no me da Dios así de comer?

Con esos pensamientos cargó su burro con madera y regresó a su casa. Cuando llegó, se metió en la cama. Su esposa tuvo que salir a vender la madera. Compró algo de comida y regresó a casa. Como quiera que encontró a su marido todavía acostado, le preguntó:

- Mi marido... ¿está usted enfermo?
- ¡No! Tan sólo estoy esperando a que Dios me dé de comer como vi que daba a los pájaros en el bosque, sin hacer ninguna labor.

La mujer, extrañada marchó a preparar la comida y cuando estuvo lista, dijo al marido:

- ¡La comida está lista!

- ¡No!, no me levantaré, esperaré a que Dios me de de comer como ellos recibieron alimento, sin tener que moverse del lugar donde estaban.

Finalmente tuvo que llevarle la esposa la comida a la cama y lo único que hizo fue comer y dormir. A la mañana siguiente, su esposa le dijo:

- ¡Levántate mi marido! Es hora ya de ponerse a trabajar.
- ¡No voy a trabajar! Esperaré aquí en la cama a ser alimentado.
- Pero marido... no tenemos ni comida, ni dinero, ¿qué es lo que vamos a hacer si no vas a trabajar?
- ¡No importa! Si Dios es capaz de alimentar a los pájaros cuando tienen hambre, también será capaz de darme a mí de comer.

Ocurrió que un vecino tuvo un sueño de que existía cierta cueva con un gran tesoro almacenado. Como había escuchado que el leñador no iba a trabajar, fue a pedirle prestado su burro para traer la riqueza que soñó que había en la cueva. Fue a hablar con el leñador, pero era tan malo que no quería decir nada acerca de la visión. Llamó a la puerta y le abrió la esposa. Después fue a llamar a su marido, pero como quiera que no deseaba levantarse, tuvo que ir el vecino a su habitación, donde le dijo:

- He de hacer un viaje y si me prestas tu burro para realizarlo, te daré unas pocas monedas de cobre.

Como el leñador estuvo de acuerdo, marchó con el burro al lugar que había soñado. Allí encontró la cueva y en su interior, montones de oro, plata y cobre. Cogió entonces todo el oro y la plata y llenó las alforjas del burro. Salió de la cueva con el animal, pero como no quería dejar ni tan sólo el cobre, volvió a entrar a la cueva y a coger en la ropa aquellas monedas de cobre. Mientras estaba con aquella tarea, hubo un derrumbe y

la entrada de la cueva fue a quedar tapada, quedando el avaricioso hombre allí, sin poder ya salir. El burro esperó y esperó, pero como quiera que ya comenzaba a anochecer, regresó a casa, quedando junto a la puerta. Al escuchar la mujer un ruido, dijo a su marido:

- Mi marido, hay alguien en la puerta; ¡levántate y ve a abrirla para ver de quién se trata!
- ¡No, mi mujer! No voy a levantarme hasta que Dios me traiga mi comida.

No le quedó más remedio a la mujer que abrir la puerta y al hacerlo encontró al burro que entró en la casa y se dirigió al lugar donde se encontraba el dueño, la cama. Entonces el hombre observó que su burro llevaba las alforjas cargadas de oro y plata. El hombre y su esposa esperaron el regreso del vecino, pero al ver que no volvía empezaron a hacer planes. El marido dio a su esposa:

- He aquí, mi esposa; que todos los vecinos saben que somos muy pobres y no tenemos dinero en casa. Aunque tan sólo fuéramos a coger un poco de dinero para comprar comida, seguro irían a decir que es dinero robado. ¿De qué manera vamos a lograr entonces poder utilizar esta riqueza? Pues incluso si nos vamos, seguro que sospechan algo.

Así que planearon algo juntos. Cuando todo el mundo dormía, colocaron un poco de dinero en cada puerta de las casas cercanas. En unas diez reales, en otras cinco...

Por la mañana, cuando la gente fue abriendo sus puertas, he aquí que encontraron monedas de plata junto a ella. Por eso pronto se supo lo ocurrido y pensaron que alguna persona generosa, habría sido quien había hecho aquello. Por eso los vecinos no sospecharon nada cuando vieron al

leñador y su esposa con dinero para comprar comida. Había dicho el leñador que había descubierto veinte reales en la puerta aquella mañana y que su esposa iba a gastar ese dinero, para emprender un viaje a un país lejano donde tratar de encontrar mejor fortuna.

Así, compraron lo necesario para el viaje con un poco dinero y el resto lo cargaron en las alforjas del burro. Viajaron y viajaron hasta llegar a un país donde nadie les conocía y compraron una casa, en aquel lugar decían de ellos:

- He aquí, que estos deben ser gente popular y rica que han venido de un país lejano.

Así vivieron con esplendor, gastando su dinero y así termina la historia de un leñador que había confiado en Dios.

LA HIENA Y EL POZO DE AGUA

Cuentan que una hiena sedienta, marchó un día a beber agua; llegó a un pozo y se inclinó para saciar su sed. Cuando se inclinó pudo ver un rayo de luna que brillaba en el agua. Al ver aquel claro de luna, pensó que en realidad se trataba de un hueso. Intentó cogerlo pero no pudo, así que se dijo:

- Si bebo toda el agua, obtendré sin problemas el hueso, que debe estar en la parte inferior.

Bebió y bebió, pero el agua no se acababa. Bebió y bebió nuevamente, hasta que estuvo tan lleno que murió.

UNA MUJER DE MADERA

Érase una vez un hombre pobre que solía salir a pedir limosna. Un día se puso a pensar para sí:

- Soy un hombre pobre que no tiene mujer. Cuando vuelvo de mendigar, no encuentro a nadie que prepare la comida y me haga compañía.

Salió pues al bosque y taló un árbol; tallando después con él, una mujer de madera y la llevó con él a casa. Luego confeccionó joyas y collares de madera y en el momento preciso en que se los colocó; fue la talla a convertirse en mujer real a quien llamó Mwanamizi, el hijo de una raíz y así feliz vivió con ella durante muchos días.

Ocurrió que cierto día en que el hombre había salido a mendigar, una esclava salió corriendo del palacio en busca de una brasa con la que encender el fuego. Se acercó y llamó a la puerta de los pobres. Como quiera que no obtuvo respuesta, entró y fue a la cocina y allí encontró una hermosa mujer adornada con preciosas joyas y collares. Regresó corriendo a donde el sultán, a quien dijo:

- Acabo de ver a la mujer más bella y maravillosa en casa del mendigo que vive cerca de nosotros.

Entonces el sultán ordenó a sus soldados:

- Marchad a buscar a la esposa del mendigo para saber si las palabras de la esclava son verdaderas o falsas.

Entonces fueron y llevaron a Mwanamizi a palacio y el sultán pudo conocer lo realmente bella que era. Así que dijo:

- Esta mujer es demasiado bella para ser la esposa de un mendigo.
¡Llevádsela a mi hijo!, para que sea su esposa.

Cuando el mendigo regresó a casa, no pudo encontrar a su esposa y no tardaron los vecinos en contarle que había sido llevada a palacio. Entonces, arrojó la bolsa que portaba al suelo y marchó deprisa a palacio, presentándose enfadado junto al sultán, a quien dijo:

- ¿Dónde está mi mujer, la que os habéis llevado?
- ¡Fuera de mi vista! –gritó el sultán. O tendré que pedir a mis soldados que le golpeen.
- Si no piensa devolverme mi esposa, al menos deberá devolverme los adornos y prendas que vista, pues hasta entonces, no pienso marcharme.

El sultán acabó echando al pobre de palacio y éste se acercó al marco de la ventana y se puso a cantar:

- Yo tallé a mi esposa con la madera de un árbol, la tallé con un mimo incalculable y también tallé las joyas y collares que porta. Devolvédmelas y dejar marchar a Mwanamizi.

La mujer escuchó la canción con el rostro bañado en lágrimas y el sultán le dijo entonces que se quitara aquellos estúpidos adornos para que el mendigo desapareciese.

- Yo te daré joyas diez veces más finas y valiosas.

La mujer no quería quitárselas pero el pobre hombre volvió a cantar su cancioncilla. Entonces la mujer se quitó los adornos diciendo:

- Los adornos son tuyos, joyas finas, grilletes. ¡Toma! ¡Oh se los llevan, Makami y se van!

Ella lloró mucho y fue sacando todas sus joyas y adornos, hasta que sólo le quedó uno. Entonces, el sultán le dijo:

- ¡Quítate todos los adornos para que marche de una vez!

Pero Mwanamizi no quería deshacerse de ese encanto porque era su alma. Después, el hombre volvió a cantar y la muchacha se quitó el último adorno del cuello y lo arrojó. En ese preciso momento quedó convertida en un árbol que ahora está en casa del sultán.

EL LEÓN, LA HIENA Y LA LIEBRE

En cierta ocasión, sucedió que una hiena, un león y una liebre emprendieron juntos un viaje. El camino era largo y pasaron mucha hambre, tanta que como aún faltaba bastante para acabar el trayecto y no tenían ya esperanza de obtener comida, se reunieron en consejo y dijeron:

- Si continuamos así moriremos todos, mejor será comerse a uno para que al menos los otros dos puedan sobrevivir.

Estuvieron todos de acuerdo en esa cuestión pero no lograban consenso en decidir quién sería el desafortunado que serviría de almuerzo. Finalmente acordaron que el más joven de los tres debía de ser comido por los otros dos. Entonces, el león dijo a la liebre:

- ¡Ahora, dinos tu edad para que la sepamos!
- ¡Oh no, señor! Siendo yo el más pequeño y débil de los tres, no sería apropiado ni educado que yo hablara antes que los grandes. Ustedes maestros, digan su edad y después yo hablaré.

Así pues, el león se dirigió a la hiena diciéndole:

- Entonces... usted debe hablar en primer lugar.
- Mi edad es de quinientos años -dijo la hiena
- Ahora liebre, usted ha de hablar.
- ¡No, no! Yo no podría anticiparme en la palabra al mismísimo león.

Después de pensar un poco, el león dijo:

- Yo tengo dos mil años de antigüedad.

Al oír esto, la liebre se puso a llorar y alegre la hiena le preguntó por qué lloraba:

- ¡Oh, amigos míos! Lloro al acordarme de mi hijo mayor, porque precisamente hace dos mil años que murió.

Así que el león mató a la hiena y pudieron reponer las fuerzas y terminar aquel viaje que habían emprendido.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- Barker, William Henry y Sinclair, Cecilia. "West African Folk Tales". G. G. Harrap Company. London 1917.
- Curtis, Natalie y Qandey Cele, Madikane: "Songs and tales from dark continent. G. Schirmer. 1920.
- Mayo, Isabella Fyvie: Old stories and sayings of the continent of Africa. C. Daniel V, London.
- Honeij, James Albert: "South-African Folk Tales" Baker. New York, 1910.
- Koelle, Sigismund Wilhelm: "African native literature, or proverbs, tales, fables. London, 1854.
- Lang, Andrew: "Folk stories from Southern Nigeria, West Africa".
- Nassau, Robert H.: "Where animals talks: West African Folk-lore tales" The Gorham Press. Boston 1912.
- Stigand, C.H. y Stigang, Nancy Yulle: "Black tales for white children". Boston, 1914.

TÍTULOS PUBLICADOS DE LA BIBLIOTECA DE LAS GRANDES NACIONES.

- COLECCIÓN: TRADICIONES Y LITERATURA SAHARAUI
 - (1) Cuentos tradicionales saharauis. Libro I. (Octubre 2012)
(1º Libro de la Biblioteca de las Grandes Naciones).
 - (2) Relatos del País de los saharauis. Libro I. Varios autores.
(Octubre 2012) (2º Libro de la Biblioteca de las Grandes Naciones).
 - (3) Mil y un poemas saharauis. Libro I. Varios autores.
(Noviembre de 2012) (3º Libro de la Biblioteca de las Grandes Naciones).

- COLECCIÓN DE CUENTOS TRADICIONALES DEL MUNDO.
 - (1) Antiguos cuentos de África. (Diciembre de 2012) (4º Libro de la Biblioteca de las Grandes Naciones)

Nota: Todos los libros están escritos y publicados con la intención de que puedan circular libremente por la red, entre personas y asociaciones interesadas y pueden formar parte también de la documentación de Asociaciones, Páginas, Bibliotecas... que así lo vean conveniente. Si no localiza alguno de los títulos y desea tenerlo, no tiene más que dirigirse al siguiente correo electrónico, xsusperregi@gmail.com indicando en el asunto: "Biblioteca de las Grandes Naciones". También para otras consultas o para el envío de información como pueden ser

cuentos o leyendas de su tierra, pues la colección se va cumplimentando con la ayuda de decenas de personas.